

le diera, como á cualquier soldado aventurero, una cantidad que solo le serviría para pagar durante algunos meses á sus tropas. Todo esto era muy sensible para el imperio alemán, pero inevitable, y por si no fuera bastante, Gustavo Adolfo acariciaba la idea, en forma vaga todavía, de llegar á verse, de una manera ó de otra, al frente de la Alemania protestante con el carácter de protector de la misma. En cambio, no parece haber sido transmitido de una manera tan fidedigna que merezca ser creído el dato de que exigiera ser elegido rey de Roma, dándose el caso en aquellas negociaciones de que mientras no sabemos con absoluta claridad lo que para sí pedía, tenemos noticias seguras y exactas de que exigió con gran energía un cambio, ó por mejor decir, el restablecimiento de la constitucion del Imperio en favor de sus correligionarios. Las exigencias expresamente formuladas por Gustavo Adolfo fueron: revocacion del edicto de restitucion; completa tolerancia para ambas religiones en las ciudades y en las poblaciones rurales; restablecimiento en Bohemia, Moravia y Silesia del estado de cosas anterior á 1618; regreso de los desterrados de aquellos países; reposicion del elector del Palatinado en su electorado y en sus territorios, y otra serie de pretensiones especiales, entre las que merecen ser citadas las de que todos los jesuitas fuesen expulsados de Alemania como perturbadores de la paz general y de que en todas las catedrales hubiese tantos canónigos católicos como protestantes. En una palabra, el rey se proponía en definitiva no solo destruir los efectos del edicto de restitucion, sino tambien retrotraer las cosas en lo esencial al ser y estado que tenían antes de que estallara la rebelion bohemia.

Y como á pesar de los grandes triunfos militares de Gustavo Adolfo las negociaciones entabladas con los liguistas sobre esas bases no habian dado resultado alguno, era preciso ante todo quebrantar por completo la resistencia de la Liga penetrando en el corazon de sus territorios, en Baviera. Unicamente de este modo podia obtenerse que aquella cediera y que, una vez rendida, cediera tambien el emperador. En su consecuencia el monarca sueco resolvió romper de nuevo y en grande escala las hostilidades con tanto mayor motivo cuanto que entretanto el ejército que á las órdenes del general Horn habia dejado en el territorio del Mein habia sido atacado por fuerzas muy superiores al mando de Tilly y arrojado de Bamberg. Era, pues, necesario no solo prestar auxilio á aquellas tropas, sino tambien hacer que á la defensiva sucediera inmediatamente el ataque.

Despues de haber asegurado con formidables fortificaciones su posicion principal en Maguncia y de haberse apoderado de algunas plazas fuertes que ocupaban los españoles, entre ellas la de Kreuznach, confió el mando del ejército que dejaba en el Rhin al conde palatino Cristian de Birkenfeld y al duque Bernardo de Weimar, y á mediados de marzo salió de Höchst al frente de 20.000 hombres, reuniéndose en Schweinfurt con el ejército de Horn, que constaba casi del mismo número de soldados que el suyo, firmemente resuelto á marchar directamente hácia el Danubio. Tilly, conociendo que tenia pocas fuerzas para aceptar un combate con todo el ejército sueco reunido, apenas supo que se aproximaba Gustavo Adolfo emprendió la retirada. Maximiliano, en su desesperacion, le exhortó á que evacuase por completo la Baviera y se dirigiera con su ejército á Bohemia y al Austria, uniéndose allí con las fuerzas que acababa de reclutar Wallenstein, en la creencia de que Gustavo Adolfo perseguiría á Tilly para obligarle á empeñar una batalla. Pero al fin se decidió que el ejército liguista permaneciera en Baviera, se retirase al Danubio y procurase impedir que el rey de Suecia pasara ese río. De suerte que los dos ejércitos, el sueco persiguiendo al liguista, se encaminaron hácia el Danubio.

El 31 de marzo Gustavo Adolfo entró con gran júbilo de la poblacion protestante en Nuremberga y la poblacion le prometió con la mayor satisfaccion serle fiel y resistir á los enemigos.

Prosiguiendo su marcha triunfal, llegó Gustavo Adolfo el día 4 de abril á Donauworth, y despues de dos días de cañoneo se apoderó de aquella ciudad cuyos habitantes, protestantes en su mayoría, pudieron tras larga y violenta interrupcion oír de nuevo las predicaciones evangélicas el día de Pascua.

Por fin entonces, despues de un consejo de guerra celebrado en Ingolstadt con asistencia del elector Maximiliano, se resolvió Tilly á oponerse al avance de Gustavo Adolfo estableciendo junto al Lech un campamento fortificado, con lo cual creía poder impedir que el ejército sueco pasara este río. Los capitanes mas experimentados aconsejaban á Gustavo Adolfo que no intentara aquel paso, pero el rey de Suecia no quiso escuchar tales consejos y se decidió á pasar el río, no sin antes haber efectuado con gran riesgo de su vida un reconocimiento de las posiciones del adversario, durante el cual, sin ser reconocido, cometió la temeridad de entablar conversacion con un centinela enemigo. En la noche del 14 al 15 de abril, bajo la proteccion de tres baterías perfectamente situadas, mandó construir á la vista de los contrarios un puente para atravesar el río, y en la batalla encarnizada que se trabó al pasar las tropas suecas fué mortalmente herido Tilly. Maximiliano, que se encontraba tambien en el campamento, comprendió que toda resistencia era ya inútil y ordenó al ejército liguista que se retirara á Neuburg y á Ingolstadt: los suecos tenían, pues, abiertas de par en par las puertas de toda Baviera.

Gustavo Adolfo comenzó por marchar sobre la ciudad de Augsburgo, que tenia muy escasa guarnicion; esta, comprendiendo la imposibilidad de intentar una resistencia formal, entró en tratos con los suecos y obtuvo permiso para salir libremente de la plaza. El rey se dedicó desde luego á destruir la obra de violenta reaccion que sobre la ciudad habia pesado, destituyendo al Consejo católico y reemplazándolo con uno exclusivamente compuesto de protestantes. A fin de asegurarse la adhesion duradera de la ciudad, Gustavo Adolfo obligó á sus habitantes, así católicos como protestantes, á prestarle un juramento personal que, segun declaró el mismo rey, en nada afectaba á su libertad imperial y que en ningun caso pudiera significar, como algunos han creído, la anexion de Augsburgo á la monarquía sueca. Despues de esto Gustavo Adolfo hizo su entrada triunfal en la ciudad el día 24 de abril.

Gran contento produjo entre los protestantes la ocupacion de aquella poderosa ciudad del Imperio, en la que se habia formulado en otro tiempo la confesion luterana, que luego y durante un largo período habia sido considerada como uno de los baluartes del protestantismo y que en los últimos años se habia visto expuesta á las más apremiantes tentativas reaccionarias del catolicismo. Nadie podia oponerse á que Gustavo Adolfo marchara sobre Munich, pero antes de dirigirse á la capital quiso el monarca sueco apoderarse de la principal plaza fuerte bávara, de Ingolstadt. El ejército bávaro que en esta habia huyó Danubio abajo hácia Ratisbona; el que hasta entonces habia sido su caudillo, aquel general que al fin de su gloriosa vida habia visto destruida por el rey de Suecia toda su fama militar, acababa de sucumbir en aquella ciudad á las heridas que en la accion del Lech recibiera; y entre las tropas bávaras habian llegado á su colmo el desaliento y la indecision. A pesar de todas estas circunstancias, Gustavo Adolfo resolvió levantar el comenzado sitio de la plaza cuando supo que el ejército bávaro queria unirse al de Wallenstein, y para evitarlo decidió in-

ternarse en Baviera. En poco tiempo se apoderó de las principales ciudades del Iser, tales como Mosburg, Landshut y Freisingen. A mediados de mayo, es decir, casi un año despues de la destruccion de Magdeburgo, entró Gustavo Adolfo en Munich, cuyos habitantes, completamente abandonados por su elector, no pudieron pensar ni por un momento en intentar una resistencia formal. Del séquito de Gustavo Adolfo formaba parte el elector Federico del Palatinado, el cual lleno de soberbias esperanzas cabalgaba por la capital de su próximo pariente y enemigo que le habia despojado de su electorado y de sus territorios.

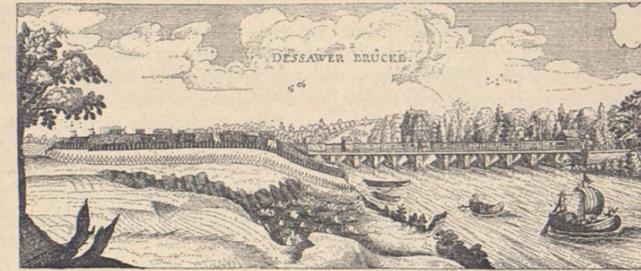
Tentaciones tuvo Gustavo Adolfo, y no faltaron quienes así se lo aconsejaran, de vengar en la capital de Maximiliano las crueldades por el partido de este cometidas en Magdeburgo; pero prevalecieron en su ánimo la bondad y la moderacion y no quiso que la ciudad fuera saqueada, contentándose con el triunfo que le abria el camino para penetrar en los

territorios hereditarios imperiales. El principal botín que conquistó en Munich consistió en una porcion de excelentes cañones que el duque tenia cuidadosamente ocultos.

La Liga estaba completamente vencida y por este lado no podia esperar auxilio alguno el emperador, el cual se hubiera visto irremisiblemente perdido si en aquellos momentos no hubiera recibido la ayuda del mismo general á quien en otro tiempo sacrificara en Ratisbona cediendo á las exigencias precisamente del duque bávaro y de la Liga: nos referimos á Wallenstein.

REINGRESO DE WALLENSTEIN EN EL GENERALATO

Mientras Gustavo Adolfo en su rápida marcha triunfal habia avanzado desde el Elba al Rhin, su aliado sajón habia tomado con mucha mas calma el desempeño de la mision que le habia sido confiada. Segun lo convenido en Halle, el



El puente de Dessau en donde Mansfeld fué en 1626 derrotado por Wallenstein. Facsimile reducido de un grabado publicado en la obra de J. L. Gottfried, *Inventarium Suecica* (1632)

ejército sajón, al mando de Arnim, debía dirigirse contra los territorios hereditarios austriacos y especialmente contra Silesia, en donde se encontraba el único ejército imperial que no habia entrado en aquella lucha, el que mandaba Tiefenbach. En su consecuencia Arnim encaminóse desde Leipzig á Torgau y penetró luego en la Lusacia, por donde habia intentado avanzar Tiefenbach á principios de octubre de 1631; pero la situacion general y la de su ejército en particular parecían poco lisonjera y comenzó á pensar con terror lo que seria de él y de su elector si Gustavo Adolfo sufría algun fracaso en aquellos lejanos territorios por los cuales seguía sin cesar avanzando. Al mismo tiempo se exageraba el número de enemigos que enfrente de él tenia y apremiaba á Juan Jorge para que aumentara su ejército, evitando de ese modo cualquiera eventualidad, aumento que por otra parte era muy conveniente si se queria que las tropas sajonas llenaran por su cuenta una mision estratégica. Al principio todo fué bien: Arnim llegó á disponer de fuerzas superiores á las del enemigo y este se retiró; pero muy pronto volvieron á presentarse los imperiales en la Alta Lusacia y Arnim se vió obligado á seguirlas allí para preservar de una invasion enemiga los territorios del electorado.

Mientras Arnim hacia frente en Lusacia á las tropas enemigas sin empeñar grandes combates, el partido de los emigrados bohemios agitábase febrilmente en Dresde para acometer, simultáneamente con la esperada marcha de los sajones sobre Silesia, otra empresa que al mismo tiempo que para combatir al emperador sirviera para favorecer sus propios intereses. Su intencion era organizar, bajo la direccion de Thurn que seguía en íntimas relaciones con Gustavo Adolfo, un ejército é intentar con él una invasion en Bohemia para promover una sublevacion contra el emperador y

restablecer las cosas en el estado que allí tenían antes de que fuera sofocada la rebelion de los bohemios. Es indudable que Gustavo habia aprobado aquel plan y que se habia manifestado dispuesto á enviar en auxilio de los emigrados aquellos tres regimientos suecos que habia ofrecido á Wallenstein cuando este le pidió 10 ó 12.000 hombres; pero cuando se estaban haciendo los preparativos para esta grandiosa empresa, llegó de repente la noticia, inesperada para los emigrados y para el rey de Suecia, de que Arnim habia desistido del plan convenido de avanzar sobre Silesia y se dirigía hácia Bohemia. Los emigrados, que veían con esto destruidos sus proyectos, dieron rienda suelta á su indignacion, pues hartos sabian que el ejército sajón no podia pensar en realizar en Bohemia aquellas amplias restauraciones que con su propia invasion en aquel territorio hubieran querido conseguir.

Nunca ha podido averiguarse claramente por qué motivos Arnim se resolvió de pronto á cambiar tan radicalmente la direccion de su plan militar y se explica perfectamente que muchos de sus contemporáneos vieran en ello la influencia de Wallenstein, puesto que á este, que entonces se encontraba perplejo sin saber qué resolucion adoptar entre las varias y contrapuestas que se le ocurrían, interesábase en extremo impedir que los emigrados penetraran en Bohemia porque era seguro que se apoderarian en cuanto pudieran de los bienes que les habian sido confiscados y de una buena parte de los cuales se habia hecho dueño el general. No cabe duda alguna de que Wallenstein preferia ver invadido aquel territorio por los sajones que por los emigrados. Además con ello se le ofrecía una ocasion para entrar en negociaciones con su antiguo discípulo Arnim, y dada su situacion crítica entre el emperador, que intentaba cada vez con mayor insis-

tencia una aproximación, y los suecos y sajones, con quienes no había roto sus relaciones en absoluto, aquella ocasión le parecía tanto más favorable cuanto que el emperador le había suplicado vivamente que negociara con Arnim una paz separada con Sajonia. De aquel modo, sin romper las negociaciones para una inteligencia con el emperador, podía tratar por sí y ante sí con los sajones.

A pesar de todo esto, no está probado ni mucho menos que Wallenstein instara directamente á Arnim para que el ejército sajón marchara hácia Bohemia, siendo muy probable que Arnim tomara aquella determinación movido únicamente por consideraciones que afectaban á los intereses especiales de Sajonia y á sus propios planes encaminados á conseguir una paz general, consideraciones ante las cuales había de aparecer como un grave peligro la expedición proyectada por los emigrados, pues si estos lograban realizar sus propósitos restauradores en Bohemia, desaparecía toda probabilidad de una paz formal.

Pero sea de ello lo que fuere, ora resulte que Wallenstein aconsejó á Arnim que penetrara en Bohemia ó que este adoptara esa resolución por sí y ante sí y sin consentimiento de su elector, es lo cierto que Arnim, á principios de noviembre, abandonó de repente la Lusacia, encaminóse al Elba y por Kreibitz marchó sobre Tetschen adonde llegó el día 4, disponiéndose en seguida á continuar su movimiento de avance río arriba. El día 15 la capital de Bohemia estaba en poder de Arnim, el cual adoptó las precauciones necesarias para que sus tropas respetasen, en todo lo posible, los bienes que allí tenía Wallenstein.

Ya hemos dicho que en los mismos días en que Raschin, después de la batalla de Breitenfeld, se encontraba al lado de Wallenstein por encargo de Gustavo Adolfo, el emperador procuraba, por mediación de Questenberg, conseguir de su antiguo general que aceptara el mando de su ejército y que entrara en tratos con el electorado de Sajonia para negociar una paz separada. Entonces Wallenstein había rechazado la primera proposición, pero se había mostrado dispuesto á entrar en negociaciones con Arnim, si bien quiso retardarlas hasta tanto que recibiera una contestación definitiva de Gustavo Adolfo. La carta de Questenberg que contenía aquellas proposiciones estaba fechada en 8 de octubre: Wallenstein, al recibirla, pidió para Arnim un salvoconducto que le fué entregado el día 14 y que el general, encontrándolo, según decía, demasiado frío y formal, pero en realidad con el propósito de ganar tiempo, envió á Arnim junto con un borrador por él mismo redactado. Arnim estuvo conforme con este borrador, el cual fué remitido á Viena para que el emperador lo aprobara y firmara, y cuando á todo esto regresó Raschin con la noticia del cambio de decisión de Gustavo Adolfo, Wallenstein, según ya hemos visto, resolvió, en el colmo de la indignación, emprender otros derroteros y pronunció aquellas palabras: «Ahora es preciso que las cosas vayan de muy distinto modo.» La alianza con los suecos no tenía para él gran importancia y únicamente se había propuesto utilizarla para sus intereses particulares. En vista, pues, de la gran desconfianza que hacía él manifestaba Gustavo Adolfo, formóse la firme resolución de separarse por completo de Suecia y aceptar la proposición del emperador, es decir, ver si conseguía inducir á Sajonia á firmar una paz separada prescindiendo en absoluto del monarca sueco. Pero si quería que esas negociaciones tuvieran un éxito favorable había de procurar que la política imperial volviera á tomar el rumbo que, bajo su influencia, había seguido hasta que se promulgó el edicto de restitución y que desde la promulgación de este había abandonado.

En este sentido se siguieron las negociaciones que Wallens-

tein, en virtud de la autorización imperial de 30 de noviembre, entabló con Arnim en Kaunitz: entonces no se llegó á una verdadera inteligencia, pues Arnim no quiso al principio aceptar la idea de una paz en que no entrara Gustavo Adolfo; pero ya Wallenstein declaró al feldmariscal sajón que se iba á encargarse nuevamente del generalato que el emperador le ofrecía, presentando la cosa de tal manera que parecía como que daba este paso por fuerza, pues viéndose gravemente comprometido por una carta de Thurn que los imperiales habían interceptado, no tenía más remedio que tratar de desvanecer la desconfianza del emperador. Al propio tiempo manifestó á Arnim, y así lo escribió este al residente sueco Nicolai, que á pesar de todo continuaba siendo amigo del rey de Suecia y que el emperador habría aun de sentir que había ofendido á un caballero; pero estas manifestaciones solo deben ser estimadas como un recurso con que se proponía engañar á Gustavo Adolfo, pues en realidad desde aquel entonces Wallenstein rompió completamente todo lazo de unión con Suecia. El mismo intermediario Raschin, cuyas declaraciones son en su mayoría otros tantos cargos contra Wallenstein, dice que desde aquel momento no recibió de este ningún otro encargo para Gustavo Adolfo. La política de Wallenstein tomó desde entonces una dirección que bajo muchos conceptos recordaba los grandes días del primer generalato: ante todo esforzóse nuevamente por despojar á la guerra del carácter de guerra de religión á fin de que de esta suerte los protestantes se inclinaran á la paz como tan ardientemente deseaba el emperador. Es indudable que, una vez desligado de los lazos que accidentalmente le habían unido á Suecia, acarició el proyecto de establecer una paz general entre todos los Estados del Imperio y, reunidos todos, arrojar de los territorios imperiales á los «interponentes», es decir, á los suecos y franceses. Este pensamiento adquirió cada vez mayor consistencia en las ulteriores negociaciones con Sajonia, aun en la época en que entró con los suecos en nuevas negociaciones. De todos modos está fuera de toda duda que Wallenstein en los meses y hasta durante todo el año que siguió á la entrevista de Kaunitz y á la aceptación del generalato, observó una conducta perfectamente leal respecto del emperador. Esto no obstante, después de la destitución de Ratisbona, no encontramos ya en él la más leve huella de aquella adhesión á Fernando y á la idea imperialista de que tantas pruebas dió durante su primer generalato; si alguna vez llegó á conocer los sentimientos de piedad y de abnegación desinteresada, puede afirmarse que se extinguieron para siempre en su alma desde la dieta de Ratisbona. Atento después mas que nunca á sus intereses particulares, solo por ellos se dejaba guiar así en lo militar como en lo político, y si aceptó las proposiciones del emperador fué únicamente porque creyó que, no habiendo dado resultado satisfactorio sus negociaciones con los suecos, era aquel el mejor modo de satisfacer su particular conveniencia. A pesar de todo, resolvió proceder con mucha cautela y ponerse á cubierto, bajo todos conceptos, de la repetición de sucesos como el de la dieta de electores de Ratisbona.

Consecuente con estos propósitos, cuando para tratar con él de la admisión del generalato fué á Znaim en diciembre de 1631 el príncipe Eggenberg, el amigo más ilustre de Wallenstein en la corte de Viena, el que incesantemente había aconsejado su reposición, el antiguo general solo se comprometió á reunir en tres meses un ejército de 40.000 hombres, negándose á encargarse del mando en jefe del mismo. Entonces demostró una vez más y en alto grado aquella admirable energía organizadora que durante su primer generalato había producido universal asombro. La virtud mágica de su nombre consiguió lo que nadie más hubiera podido lograr dada

la situación crítica en que se encontraba el emperador. De todas partes acudieron en grandes masas gentes de guerra ganosas de lucha y de botín, y dentro del corto plazo que se había impuesto pudo reunir Wallenstein un ejército compuesto del número de soldados que había ofrecido, procedentes de todas las naciones y á todas las religiones afiliados, que respondieron al llamamiento por el nombre de quien lo hacía, por la confianza en su crédito, en su fuerza organizadora y en los cuidados que dispensaba á los oficiales y á las clases de tropa. Estas circunstancias permitían afirmar de antemano que aquel ejército se dispersaría inmediatamente si al frente de él no se ponía Wallenstein; por esta razón, cuando este á los tres meses declaró haber cumplido su mi-

sion y suplicó que le indicaran á quien había de encargar el mando del ejército, la corte de Viena no tuvo más remedio que entablar con él, por mediación del obispo príncipe Antonio de Viena y del príncipe Eggenberg, nuevas negociaciones que se siguieron en los días 12 y 13 de abril en Gollersdorf, aldea situada entre Znaim y la capital austriaca, y que dieron por resultado el acuerdo definitivo sobre el reingreso de Wallenstein en el generalato. Desgraciadamente no se tienen noticias auténticas de las condiciones bajo las cuales se llegó á tal acuerdo. El convenio original ha desaparecido, según parece, y solo le conocemos por las versiones poco fidedignas y quizás completamente inventadas contenidas en la obra histórica de Khevenhiller y en muchos folletos de la



Castigos militares durante la guerra de los Treinta años: la estrapada

El condenado es levantado en la estrapada. La ejecución se verifica delante de los regimientos formados y con las banderas desplegadas, estando la primera línea de los mismos dispuesta á hacer fuego. A la derecha unos soldados conducen á otro sentenciado; á la izquierda hay cuatro soldados sentados sobre un caballo de madera y con las manos atadas á la espalda presenciando la ejecución del castigo. Facsímil del grabado de Jacobo Callot (1594-1635), publicado en la obra *Les miseres et malheures de la guerre*.

época, los cuales no reproducen el verdadero convenio concertado, sino solo las probables exigencias de Wallenstein. Sin embargo, poseemos por fortuna una serie de documentos que se refieren á algunas concesiones especiales otorgadas á Wallenstein, que quizás son lo único que se determinó por escrito, siendo las demás concedidas verbalmente por Eggenberg. Esas concesiones no son, en parte, producto de las negociaciones seguidas en Gollendorf en abril de 1632, sino que proceden de los convenios acordados en Znaim en diciembre de 1631. Las atribuciones políticas que tenían para Wallenstein una importancia decisiva le fueron conferidas en Znaim y en ellas hemos de ver la primera condición impuesta por aquel caudillo para volver á encargarse del generalato.

La carta de Questenberg de 8 de octubre ya solicitaba de Wallenstein que entablara negociaciones con Sajonia, autorizándole plenamente para ello, y no cabe duda alguna de que estos poderes plenos para negociar la paz le fueron confirmados en Znaim por Eggenberg. En virtud de ellos había iniciado en 18 de enero de 1632, es decir, antes de que quedara definitivamente concertado el convenio de Gollersdorf, una negociación con los sajones, la cual se siguió en Aussig entre el feldmariscal Arnim y Trzka, cuñado de Wallenstein, en representación de este que se encontraba enfermo. Aquella negociación es tanto más importante para la cuestión que se debatía, cuanto que Trzka declaró en ella terminantemente que el emperador estaba dispuesto á revo-

car el edicto de restitución para conseguir la paz con Sajonia: esta concesión, sin la cual Wallenstein no creía posible obtener en el terreno político un éxito satisfactorio, debió haberle sido hecha por consiguiente en Znaim y con ella entraba nuevamente el emperador en la senda de aquella política que Wallenstein había seguido con su aprobación hasta el año de 1629.

La independencia del mando militar y las seguridades que la garantizaran contra cualquier tentativa de los adversarios, condiciones que Wallenstein consideraba con razón de la mayor importancia después de la experiencia de Ratisbona, le fueron también concedidas en Znaim, como claramente se desprende de la instrucción que el emperador dió á Eggenberg para las negociaciones con Wallenstein. Fernando aseguraba al general, en los términos más expresivos, su confianza de que en lo sucesivo observaría la misma conducta que tanto le había agradado en otra época y al propio tiempo le prometía de un modo terminante que ni el confesor Lamormain ni nadie opondría el menor impedimento ú obstáculo á su servicio ni á sus actos, y si alguien se permitía intentarlo Wallenstein debía acudir directamente á él, que le daría satisfacción cumplida.

Todas estas concesiones, verdaderamente importantes porque colocaban á Wallenstein en una situación en alto grado independiente, fueron concretadas y ampliadas en Gollersdorf. Ocioso casi es decir que se le confirió nuevamente la

facultad de nombrar los coroneles de su ejército que ya le había sido otorgada en 1628; en cambio el emperador se reservó, según se desprende de lo que después se hizo, el nombramiento de generales respecto del cual Wallenstein solo tenía el derecho de proponerlos. Además, es indudable que se le hizo la concesión de que no podría nombrarse al lado de él, en el Imperio, otro general independiente y de que ningún general desempeñaría mando independiente alguno en el ejército. Esta estipulación, que ponía en manos del generalísimo la dirección estratégica exclusiva, no solo la encontramos en las citadas versiones apócrifas del convenio, sino que además está plenamente confirmada por el hecho de que en el verano de 1633 Trautmannsdorf declarara al embajador español que Wallenstein estaba autorizado por aquel convenio para no tolerar ningún otro jefe a su lado. Y aun parece que en otras muchas cosas fueron atendidos los deseos de Wallenstein. En efecto, habíase hablado de que el joven heredero del trono, el rey Fernando de Hungría, se agregara al ejército con pretexto de adiestrarse en la guerra bajo la dirección de Wallenstein; pero este exigió terminantemente y, según se desprende de la marcha de los sucesos, consiguió que tal proyecto no se realizara y que el joven monarca permaneciera en su corte de Praga.

Merced a esas concesiones, Wallenstein tenía en sus manos no solo la dirección militar, sino también la política en los asuntos principales. Desde el punto de vista económico quedaron también satisfechas en la forma más precisa sus exigencias personales. Acerca de este particular nada nos dice tampoco aquel supuesto convenio y solo tenemos noticia de él por documentos especiales que fueron entregados al general inmediatamente después de regresar Eggenberg de Gollersdorf. El día 15 de abril, es decir, el mismo día de ese regreso, el emperador, satisfecho por la unión concertada, dió a Wallenstein una prueba de su personal favor perdonándole la suma de 400 000 thalers que aun debía a la cámara bohemía por la compra de bienes confiscados, y al día siguiente confirmó expresamente en la posesión del ducado de Mecklenburgo, que le había sido conferida en 1628 y que los electores nunca habían querido reconocerle. Este ducado estaba entonces ocupado por los suecos y era difícil calcular si se conseguiría, y en caso afirmativo cuándo, reconquistarlo, por lo que el emperador otorgó a Wallenstein el principado de Glogau con la condición de que continuaría en la misma relación en que respecto de Silesia se encontraba. De modo que esta cesión no podía ser considerada como una completa compensación por el ducado de Mecklenburgo, puesto que no era un principado inmediatamente imperial. Wallenstein no quiso en manera alguna dejarse arrebatar su dignidad de príncipe soberano alemán, con tanta menos razón cuanto que precisamente por ella había de lograr, aun después de terminada la guerra, una posición desde la cual podía continuar llevando adelante sus planes propios e independientes. De aquí que el emperador le prometiera expresamente, para el caso de que Mecklenburgo no fuera recuperado, un equivalente, es decir, un principado imperial. En cambio debe considerarse como destituido de todo fundamento el dato consignado en aquel supuesto convenio, según el cual el emperador prometió a Wallenstein la administración de un territorio hereditario o la soberanía feudal de los territorios imperiales que se reconquistaran, concesión esta última que hubiera significado tanto como renunciar en favor de Wallenstein al derecho que correspondía a Fernando como soberano del Imperio germánico. En otra versión más fidedigna solo se habla de una recompensa que se sacaría de los territorios hereditarios y de la cesión de una de las regalías, quizás de la de montes ó de

la de sal, lo cual debería ser entendido como un medio de proporcionarse recursos para el entretenimiento de su ejército. En este sentido, todavía va más lejos otra estipulación que, por inaudita que parezca, se halla confirmada por el hecho de haberla Wallenstein invocado en el verano de 1633; según ella, se confería al general el derecho de confiscar y regalar bienes en los territorios que conquistara. Wallenstein quiso poder disponer de estos bienes en favor de sus oficiales y, en efecto, logró que el emperador, a fin de no ponerse en contradicción con las disposiciones que él tomara, renunciara al derecho más grande y más estimable de la soberanía, al de hacer mercedes.

Considerando en conjunto todas estas condiciones, tales como nos las presentan los documentos de autenticidad probada, y prescindiendo de otras más trascendentales contenidas en las versiones que del convenio encontramos en varios folletos de aquella época poco fidedignos, resulta de ellas que se concedía a Wallenstein un poder al lado del que apenas podía subsistir de hecho la suprema autoridad del soberano. Para este había de ser ya motivo de grandes recelos el verse obligado a renunciar a toda intervención en la dirección estratégica del ejército hasta el punto de que su propio hijo no pudiera formar parte de este y de que el general se reservara el derecho de llevar las fuerzas imperiales adonde mejor le pareciera; y por si esto no fuera bastante, el poder monárquico había de resultar completamente ilusorio desde el momento en que ponía en manos del omnipotente general el derecho de negociar con las potencias extranjeras y le permitía confiscar a su antojo los bienes de los enemigos y disponer de ellos libremente. Este poder absoluto del general, que solo se explica por la situación extremadamente crítica en que se encontraba el emperador, no podía en realidad ser compatible con la soberanía del jefe del Estado: aquellas condiciones estipuladas en un tratado entre el emperador y el general contenían el germen del futuro conflicto. El general no era el servidor del emperador: el «príncipe del Imperio», Wallenstein, no se habría conformado con esta situación. Mejor puede expresarse la relación entre ambos existente diciendo que el general ponía su ejército a la disposición del emperador en virtud de un tratado. Esto podía ir bien mientras ambos estuvieran de acuerdo en las tendencias políticas fundamentales; pero en el momento en que tal acuerdo cesara y en que, a pesar de ello, continuara el general haciendo libremente uso de las insólitas atribuciones que se le conferían, era inevitable un rompimiento que había de tener funestas consecuencias.

A pesar de todo, después de firmado el convenio, el emperador se consideró deudor de agradecimiento a Wallenstein, y así se lo manifestó en los términos más conmovedores, pues por de pronto, y en este asunto solo a lo de momento atendía Fernando, la reconciliación con Wallenstein le libraba del peligro en que el rey de Suecia le había puesto. En pocas semanas quedó limpio de enemigos el territorio hereditario imperial de Bohemia, logrado lo cual decidió Wallenstein acudir en auxilio de Maximiliano de Baviera, que no cesaba de pedirselo y cada vez de un modo más apremiante desde que se había encargado nuevamente del generalato.

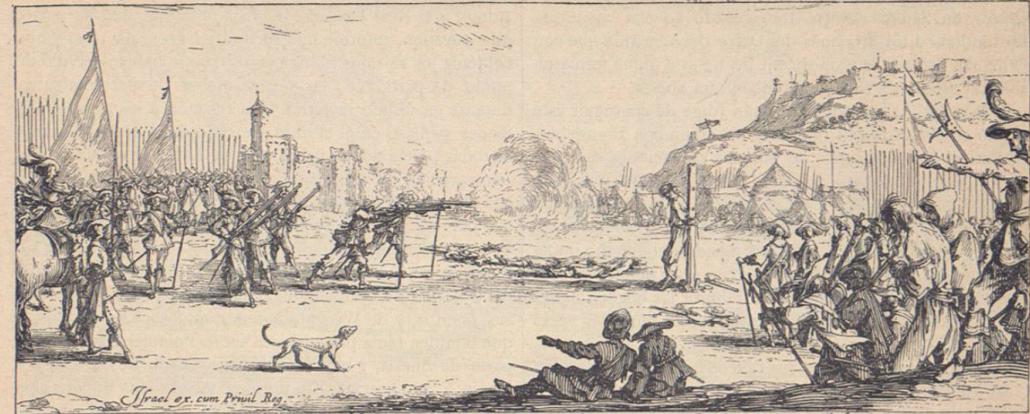
La fuerza de las armas debía decidir entre los dos generales más grandes de aquella época.

GUSTAVO ADOLFO Y WALLENSTEIN

En los mismos días en que se concertaba en Gollersdorf el convenio definitivo sobre el reingreso de Wallenstein en el generalato, Gustavo Adolfo obtenía aquella victoria de-

cisiva sobre Tilly y llegaban a su colmo los apuros y las aficciones del elector bávaro que se veía obligado a retirarse a Ratisbona dejando su capital en poder del enemigo. Era, pues, natural que Maximiliano esperara confiado y suplicara de continuo que Wallenstein acudiese en su auxilio

con el ejército recientemente reclutado. Pero el general no estaba en manera alguna dispuesto a dejarse desviar de sus propósitos militares y políticos por los ruegos del príncipe a quien debía la ofensa más grave que en su vida había recibido. Su plan consistía en dirigirse primeramente contra los



Israel ex. cum Princ. Reg.
Ceux qui pour oübir a leur mauvais Génie
Manquent a leur devoir, font de tyrannie.
Ne se plaisent qu'au mal violent la raison;
Et font les actions pleines de trahison.
Produisent dans le Camp mil. sanglans vacarmes
Sont ainsi châtiés, et paffés par les armes. 12.

Castigos militares durante la guerra de Treinta años: fusilamiento

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635), publicado en *Les miseres et malheures de la guerre*

sañones para de esta suerte arrojar al enemigo del territorio hereditario de Bohemia y al propio tiempo conseguir, bajo la poderosa presión de su superioridad militar, que el inde-

ciso elector de Sajonia se separase definitivamente de Gustavo Adolfo y firmase la paz con el emperador. De acuerdo con este, no cesó un punto de trabajar hábilmente en ambas



Israel ex. Cum Princ. Reg.
A la fin ces Dolours infames et perdus
Comme fruites malheureux a cet arbre pendus.
Monstront bien que le crime (horrible et noire engeance)
Est luy meisme instrument de honte et de vengeance.
Et que cest le Destin des hommes vicieux
De s'proüver tost ou tard la iustice des Cieux. 13.

Castigos militares durante la guerra de Treinta años: muerte por estrangulación

Los condenados, en la escalera, a la izquierda debajo del árbol y a la derecha en primer término, van acompañados por monjes; a la derecha, debajo del árbol, dos juegan a los dados sobre un tambor. Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635), publicado en *Les miseres et malheures de la guerre*.

cosas, es decir, en la lucha militar y en la negociación diplomática.

Muchas probabilidades había de que el elector Juan Jorge aceptara esas negociaciones, pues hacia algún tiempo que, sin tener para mucho en cuenta la estrecha alianza que acababa de firmar con los suecos, volvía a seguir la senda de aquella política que tendía a la formación de un tercer partido in-

dependiente. En febrero de 1632 había celebrado en Torgau con Jorge Guillermo de Brandeburgo una entrevista en la cual expuso francamente esa idea, siendo su propósito firmar la paz con los católicos sin intervención de Suecia y ofrecer a Gustavo Adolfo una cantidad como indemnización por la parte que había tomado en la guerra de Alemania. Con esto deseaba formar desde luego con Brandeburgo una alianza